



do estaba combinado para excitar la veneración y el sentimiento de la majestad. El gran vestíbulo, con las columnas de animales que guardan las entradas, preparaban al mismo objeto. El interior del edificio presentaba al rey como soberano de muchas naciones que sostenían su trono, y como servidor de la divinidad, cuyos mandatos ejecutaba. Estos accesorios están, pues, en armonía con las partes principales y carácter del edificio. Unas y otras son representaciones figuradas de la grandeza y piedad del rey.

Ahora vienen los edificios, que reunidos forman el tercer piso, los cuales no estaban situados al mismo nivel, y que Porter los considera como constituyentes del cuarto y quinto piso. Su situación, su organización interior y figuras, representadas en sus paredes, no dejan duda alguna de que fueran las moradas habitadas en su más lata acepción. Penetrábase en aquellos lugares derechamente por la serie de columnas que seguían al peristilo, donde los principales oficiales de la corte tenían asignados sus puestos. El gran edificio no se componía de una sola obra, sino de cuatro ó cinco que no fueron construidas bajo un mismo plan, ni probablemente en una misma época, lo cual parece confirmarse por la arquitectura de uno de estos edificios, que parece mucho más antiguo que los demás (1). Estando todos más ó menos derruidos, no es posible hacer de ellos una explicación detallada, y por esta razón nos limitamos á hacer algunas observaciones generales.

La persona del rey, que por todas partes se reproduce, y en diversas actitudes, y que se distingue por sus atributos y por su elevación, demuestra evidentemente que estos edificios estaban destinados al rey, y no á los sacerdotes ú oficiales de la corte, como opinan algunos autores. Se le ve sobre varios pilares de puertas interiores, no sentado, sino en actitud de marchar; detrás de él están dos servidores más pequeños, apartando las moscas el uno, y el otro con una sombrilla ó quitasol; signos todos de la dignidad real entre los persas (2). La representación es generalmente la misma, salvos los objetos que el rey lleva en la mano; sin embargo, uno de ellos suele ser el vaso sa-

(1) Niebuhr, pág. 142; Porter es de la misma opinión.

(2) En Jenofontese ve, *Cyrop.*, VIII, pág. 241, que las necesidades del clima abrasador eran conocidas también entre los persas. Según Porter, la sombrilla es aún hoy el signo de la dignidad real, I, 657.

gra lo (1). La forma de este vaso es siempre la misma en la mano del rey como en la de sus cortesanos, y se asemeja tanto al loto, planta sagrada en todo el Oriente, de la cual indudablemente tomaron la idea. Nosotros le consideramos como la copa sagrada, Hovan, tan frecuentemente citada en el Zendavesta (2), y necesaria aparentemente para las libaciones, que no debían faltar en las oraciones diarias. Recordando que toda la vida privada del rey de Persia estaba sujeta á un ceremonial severo, nada se encontrará más conforme con estos monumentos, en general, que el suponer que contenían de él una completa representación, según los preceptos de los magos; así que se veía al rey muchas veces ilustrándose, como servidor de Ormuzd, con tal ó cual objeto religioso. Es verdad que cada representación respondía también con bastante exactitud á la cámara donde él se hallaba, según veremos más adelante. Dos guardias de honor, con traje meda, están colocados ordinariamente á las entradas; también se ven allí combates de animales como los que ya hemos descrito.

Antes de pasar á los demás edificios, es necesario entrar por un antiguo lugar (3), cuyas colinas están formadas de monumentos derruidos. Con este motivo, el viajero más moderno, que ya hemos tenido ocasión de citar, ha establecido una conjetura muy verosímil y muy interesante, que no debemos pasar en silencio. Porter supone que en aquel sitio es donde estuvo el verdadero palacio de Persépolis, destruido por Alejandro. Con este nombre se entiende el monumento destinado á los grandes festines que el rey acostumbraba á dar en ciertas épocas á sus cortesanos y á los grandes. No es dudoso que fuera esta la costumbre en la corte de Persia.

«El tercer año de su reinado, se ha dicho, del rey Ahasveros, dió un banquete á todos sus príncipes y servidores, es decir, á los grandes de la Persia y de la Media, á los gobernadores y dignatarios del país, para hacer ver la riqueza y magnificencia de su reino y su propia majestad durante 180 días.» Sería superfluo aducir otros ejemplos tan elocuentes. Hacen comprender las ruinas, que hubo allí en otro tiempo un grandioso edificio; por los alrededores nos convenceremos, que si este era su des-

(1) Chardin, tab. 62, y Niebuhr, tab. 25, donde los diferentes objetos están representados por letra.

(2) Zendavesta, I, 143, y especialmente 221; II, 231, y en otros lugares.

(3) Según Porter, I, 646, su longitud es de 315 piés.



tino, no podía estar mejor dispuesto. De frente, á la entrada, estaban la sala del imperio y la sala de la audiencia. Por la posterior, las habitaciones particulares del rey. ¿Qué otra mejor colocación podía convenir? Teniendo el palacio este destino, era muy natural que Alejandro diese en él su festín de victoria, y ahora se explica naturalmente por qué ya no existe, porque esta es precisamente la parte que fué destruida en la celebración de aquella bacanal. Si el entarimado y el techo eran de cedro, según Quinto Curcio, las llamas que le devoraron debieron ser vastísimas y su efecto horroroso. Los demás edificios se pudieron conservar, y por esto no es extraño que no se vea en ellos señal alguna de aquel elemento devastador. Es necesario esperar á que nuevas escavaciones vengan á confirmar nuestra opinión.

Porter se lamenta en extremo de que los embajadores de Inglaterra no hayan utilizado los grandes recursos que tenían para poderlas ejecutar. Actualmente los escombros, cubiertos de verde y frondosa yerba, sepultan en su seno el orgullo y magnificencia de los soberanos y conquistadores del mundo, después que el eco de su nombre ha resonado por todos los ámbitos de la tierra.

Por encima de este montón de ruinas, se da paso al más grande edificio del tercer piso. En su centro había un pórtico cuadrado; cada fachada media 90 piés, y el cielo llevaba 36 columnas en seis órdenes; desde allí se entraba por el Este y Oeste á dos pequeñas ante-cámaras, que conducían á otros departamentos. Es evidente que estos lugares estarían destinados para habitaciones del monarca; pues su persona, acompañada de los servidores ordinarios, se reproduce con frecuencia en más de un lugar de las paredes de estas habitaciones. Las mismas esculturas de las ventanas de dos piezas, parecen indicar que allí estaban las salas que servían de comedores al rey. A menudo se ve en ellas las figuras de tres servidores de la corte, teniendo el uno en sus manos una lata de vino; otro un vaso, como en el que aún se sirven los manjares, y el tercero, también un vaso ó cubilete con su cubierta (1). El arte ha querido sin duda demostrarnos cuál era el destino de estos monumentos, que aún descuellan entre ruinas.

Trabajo inútil sería, sin embargo, querer determinar el uso de los restantes edificios, cuyos despojos aún persisten. Uno de ellos se parece por su grandeza y disposición á los que acabamos de describir. Tal vez fuera este el

(1) Porter, I, pl. 47.

haren ó casa de la reina, como se la califica en el libro de Esther (1), ó bien una parte del edificio de la que ya nos hemos ocupado, diciendo que estaba reservada para su uso. Como se ve, este punto está sujeto á muchas conjeturas. No obstante, el pequeño edificio ofrece restos, por los que pudiera atribuirse un destino religioso. En las cuatro entradas, se destaca en marcha la gran figura del rey. Con su mano izquierda empuña el cetro botón de oro, y con su derecha el vaso sagrado. Le siguen sus servidores, que llevan quita sol y abanico. En el interior del edificio se le ve, por el contrario, sentado en su trono; detrás de él, un esclavo espantando las moscas; pero falta el del quita sol, porque allí le era inútil.

Por todas partes, así en las entradas como en el interior, el rey va acompañado de un genio que descuella sobre él, y le está designando como á servidor de Ormuzd. Allí no se ven guardias, como que eran extrañas á este santuario. En el centro del edificio se levantan también cuatro pilares aislados, que indudablemente no tienen otro objeto que el de sustentar el altar con el fuego sagrado. Hay, pues, grandes analogías con la opinión de Porter (2), quien sostiene que este edificio era el santuario donde el rey, siguiendo los preceptos de los magos, hacía ordinariamente sus oraciones y presentaba sus ofrendas. El sitio y disposición del local hablan en favor de esta idea; no tenía que molestarse mucho el rey para hacerse presente en aquel punto desde sus habitaciones.

No llaman ménos la atención general las inscripciones grabadas sobre estos monumentos. Están diseminadas por diferentes puntos, en los dos extremos de las escaleras que conducen al segundo piso, en el interior, en las ventanas y paredes, y por último, allí donde está la figura del rey (3); por tanto, la disposición de todas las partes hace suponer con fundamento que se refieren á él. Pero los caracteres y lengua en que están escritas, como desconocidos que eran, los mantuvieron por largo tiempo envueltos en un velo misterioso é impenetrable. Tiempo hace, nada podíamos decir respecto á esta materia; pero después que el genio observador del siglo ha dado estímulos eficaces para el estudio meditado y profundo de estas escrituras, por más que todavía subsistan algunas dudas y dificultades, las ha aclarado, sin embargo, bastante á dar una descrip-

(1) Esther, II, 9, 47.

(2) Porter, I, p. 660.

(3) Porter, I, p. 654.



ción general. Ninguno de los modernos intérpretes pone ya en duda que estas inscripciones se dividan en tres escrituras completamente diferentes, comprendidas bajo el nombre de *cuneiforme* (1), visto que sus caracteres están trazados con troqueles. La más antigua, al par que más sencilla de todas, es sin duda la escritura literal; el cuadro segundo de M. Grotefend prueba que en la misma forma estaba la segunda y tercera, sobre la que hubo hasta él la mayor incertidumbre. Por estas tres especies de caracteres podemos colegir claramente, que las inscripciones estaban escritas en otras tantas lenguas, lo que hace tanto menos verosímil una repetición en la segunda, según se había opinado.

En cuanto á las inscripciones de la primera especie, están de acuerdo los intérpretes en que fueron escritas en antiguo meda ó zendá, que fué constantemente la lengua sagrada de los magos. Las inscripciones de la segunda especie parecen estar escritas en pelvi; y si se confirmase la opinión de que las de la tercera fueran en asirio ó babilonio, ya tendríamos aquí las tres lenguas principales del imperio persa, las que se hablaron según todas las probabilidades en las tres capitales, residencia ordinaria de los reyes: el meda en Ecbatana, el pelvi en Susa, y el asirio, que sin duda era un dialecto del arameo, en Babilonia. Todas las inscripciones que hasta aquí llevamos

(1) A los alemanes es á quienes debemos una copia de estas inscripciones, que son de grande utilidad para los arqueólogos (pues Nieubuhr fué á quien cupo esta gloria antes que á Chardin, Le Bruyn y Kamfer, y con ninguno otro puede compararse más que con Porter), y los que dieron una explicación satisfactoria (Grotefend, en sus tratados presentados á la sociedad de Gœttinga; véase Gott, gelchrte Anzeigen, 1802, números 149, 178, y 1803, números 69 y 117). Si consideramos las explicaciones de Grotefend como las más exactas, no es porque estén más conforme con nuestras opiniones sobre las antigüedades, sino únicamente porque prescindiendo de las razones filológicas, parecen que responden mejor al espíritu de Oriente, al carácter de los edificios y á la historia. Según Nieubuhr, no puede uno atenerse más que á los nombres y títulos de los reyes. Y estos títulos ¿no corresponden perfectamente con las costumbres y religion de los persas? Vémoslos en épocas más recientes y también en las inscripciones de los sasanidas, sucesores é imitadores de antiguos monarcas. Nos limitaremos á estas observaciones refiriéndonos á los apéndices del segundo volumen. No hablaremos ya de los ensayos hechos por Lichtenstein, en su *Tentamen palæographiæ*, visto que su inexactitud está completamente comprobada.

explicadas, se refieren á Darío y á Jerjes (1).

Hemos tratado de familiarizarnos con el antiguo palacio de los soberanos persas. Las habitaciones de los vivientes están allí al lado de las que ocupan los finados. Esta observación es de grande importancia, si con su ayuda podemos decidir con certeza á qué época se remontan estos monumentos; si se puede probar que son verdaderamente persas y sepulturas de los sucesores de Ciro. Afortunadamente se han conservado bastantes tradiciones, especialmente los fragmentos de Ctesias, que lo demuestran hasta la evidencia.

Según el testimonio general de los autores antiguos, los cadáveres de los reyes eran enterrados y no quemados (2), lo que hubiera sido contrario á las leyes de Zoroastro, porque se profanaría el fuego. Tampoco eran expuestos á las fieras salvajes, como lo prescribía la costumbre de los magos (3). Pero el lugar donde enterraban los reyes no era indiferente. El ceremonial religioso exigía, por el contrario, que fuesen enterrados en su país natal, en la Persia propiamente dicha, aunque murieran en cualquier otro país. Para la mayor parte de los soberanos se refiere expresamente, y para los demás se colige por analogía.

Cambises hizo trasportar el cuerpo de Ciro á Persia con el eunuco Bagapates; pero en Pargada fué donde vió Alejandro su sepulcro y no en Persépolis (4). Sus sucesores, sin embargo, tuvieron sus sepulturas en Persépolis y en sus cercanías, en Nakchi-Rustam. El cuer-

(1) Tab. 24. Según Grotefend: «Darío, el rey valiente, el rey de los reyes, el rey de los pueblos, el hijo de Hystaspe, el sucesor del soberano del mundo, en la constelación de Moro.» Véase *Götting. gel. Anzeigen*, 1802, número 149.

Tab. 31. Según Grotefend: «Darío, el soberano, el rey valiente, el rey de los reyes, el rey de todos los pueblos ortodoxos, el hijo de Histaspes, el sucesor de Dsemchid, soberano del mundo. Véase *Götting. gel. Anz.*, 1803, núm. 117.» La explicación no ha sido todavía publicada.

Tab. 24. Según Grotefend: «Jerjes, el soberano, el rey valiente, el rey de los reyes, el rey de todos los pueblos puros, el rey de la asamblea pura, piadosa y omnipotente, el hijo del rey Darío, sucesor de Dsemchid, soberano del mundo.» *Götting. gel. Anzeigen*, 1803, núm. 117.

Tab. 24. Según Grotefend: «Jerjes, el rey valiente, el rey de los reyes, el hijo del rey Darío, sucesor del soberano del mundo.» *Götting. gel. Anzeigen*, 1802, núm. 149.

(2) Véanse los pasajes de Brisson, I, c., pág. 320.

(3) Herodoto, I, 140, III, 16, y Anhang zung Zendavesta, von Kleuker, vol. XI, parte 3.ª, pág. 21.

(4) Ctesias, *Pers.*, cap. IX.



po de Cambises fué conducido allí por Yxetas (1). Darío, hijo de Histaspes, mandó hacer también en este lugar su panteon, estando en vida (2).

Por lo que hace á Jerjes, nada nos dice la historia. Los restos mortales de su hijo Artajerjes fueron del mismo modo allí llevados á la vez que los de su señora (3); y los restos de su hijo Jerjes II, muerto á los cuarenta y cinco días de su reinado, los juntaron en el camino (4). La historia nos dice de Artajerjes III que no fué privado de esta sepultura más que por desprecio (5).

Esta costumbre se conservó así hasta el fin del imperio persa, porque estos mismos honores se tributaron al último Darío por orden de Alejandro (6).

Es verdad que la costumbre constante ha sido de enterrar á los reyes de Persia en su patria. Diodoro nos dice dónde tenían ellos sus sepulcros. Despues de hacer una admirable descripción del palacio de Persépolis (7), añade: «Por la parte oriental del palacio, y á una distancia de 400 piés, hay una *montaña real*, donde yacen los panteones de los reyes.

«Hicieron en la roca cámaras ó habitaciones pero sin quedar ninguna entrada para los ataúdes, los que bajaban y subían con el auxilio de máquinas.»

Esta descripción concuerda de tal manera con los panteones de Tchil-Minor, por la distancia y género de trabajo, que nada deja que desear, ni ofrece duda ninguna.

Los sepulcros están precisamente á la misma distancia de las ruinas de los edificios, y nuestras precedentes observaciones han determinado que el establecimiento corresponde perfectamente con la relación del escritor.

Este testimonio general de Diodoro está confirmado con la autoridad de un autor contemporáneo. Es tan importante para explicar satisfactoriamente los monumentos de Persépolis, que con gusto le trascibimos íntegro. Darío, hijo de Histaspes, dice Ctesias (8), ordenó aún en vida que le hicieran un sepulcro doble en la montaña (9).

Ejecutóse así su mandato. El mismo rey tuvo el gusto de verle; pero trataron de impe-

(1) Ctesias, *Pers.*, cap. XIII.

(2) Ctesias, cap. XV.

(3) Ctesias, cap. XLIV.

(4) Ctesias, cap. XLV.

(5) Elieú, V, H., 6, 8.

(6) Arrieno, III, 22. Justin., II, 16.

(7) Diod., II, pág. 215.

(8) *En to díscro oreú.*

(9) Ctesias, *Pers.*, cap. XV.

dirselo los caldeos y sus parientes. Estos últimos quisieron, sin embargo, bajar y presentarle; pero los sacerdotes que les subían, sobrecogidos de espanto, soltaron las cuerdas y cayeron en lo profundo y perecieron. Darío, conmovido en extremo con semejante desgracia, hizo cortar la cabeza á los sacerdotes en número de cuarenta (1).

La expresión de montaña doble es oscura. ¿Será acaso por la forma que tiene y que consiste en dos ramas que forman, por decirlo así, el monumento de Tchil-Minor? ¿O es que Ctesias escribió: montaña inaccesible? (2). Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que esta montaña no es otra que la montaña real de Diodoro, según lo atestigua la siguiente descripción, por la cual se reconoce evidentemente la existencia de su sepulcro, del género de los de Tchil-Minor.

En esta montaña es donde se encuentran las dos grandes fachadas de sepulcros, cuya copia se ve en Chardin (3). Se asemejan mucho en cosas accesorias, y como que el lugar está determinado con toda exactitud y el interior responde á la antigua descripción, no es dudoso que uno de los dos sepulcros de Tchil-Minor sea el de Darío, hijo de Histaspes, construido por orden suya, y en el que efectivamente fué depositado despues de su muerte. ¿Cuál de los dos le fué destinado? Aquí está la duda, que aún no ha podido resolverse; pero poco importa, vista su grande analogía. Chardin, siguiendo la tradición de Oriente, atribuye á Darab, ó Darío, el segundo. Pero no debemos contentarnos con este sólo dato, y tanto más, cuanto que al hablar los orientales de Darab se refieren al último Darío, vencido por Alejandro, de quien no hay cuestión en este lugar.

Si, no obstante, se quiere uno contentar con esta autoridad, se tiene ya al menos una indicación para uno de estos sepulcros (4).

Se ha dado un gran paso para el esclarecimiento de los monumentos de Persépolis, porque tenemos hoy la certeza de poseer al mé-

(1) Tampoco Porter pudo entrar al sepulcro de Nakchi-Rustam, para lo cual habria sido necesario practicar una abertura que no habia, y cuya profundidad era de 60 piés sobre el nivel del suelo, á no ser permitiendo que le subieran del mismo modo, y no sin peligro.

(2) Leyendo *aduto* en log.

(3) Chardin, tab. 67, 68. No son copias de Nieubuhr y Porter.

(4) No comprendemos la razón que Porter ha podido tener para tomar el sepulcro de Nakchi-Rustam por el de Darío. El sepulcro de Tchil-Minor es tan inaccesible como el de Nakchi-Rustam.



nos uno de los dos sepulcros, un monumento de origen persa, que data del reinado del más grande de sus reyes. Vendremos sobre los resultados que podemos obtener para el conjunto, y desde luego nos ocuparemos de la explicación de los relieves ejecutados en las fachadas de estos sepulcros. Son en el fondo absolutamente los mismos que en Nakchi-Rustam; elegimos este último monumento (1) para dar su explicación, porque sus figuras están mejor trazadas en la copia de Chardin, con la cual aconsejamos se compare el dibujo de Porter.

El todo es la fachada de un edificio de dos pisos, de los cuales el primero no contiene más que la falsa entrada, indicada por medio de cuatro pilastras que sostienen el piso segundo; este presenta un frontis de diversos adornos, y en su parte superior se ve el objeto principal. Una figura humana, ya de edad, y que sostiene en su mano un arco difícil de preparar, está colocada delante de un altar alumbrado. De la parte superior del altar pende un globo, y por encima de este personaje hay otro que se le asemeja, si se exceptúa que en vez de arco tiene un anillo, y que la parte superior es la que únicamente se ve, mientras que la parte inferior está oculta con un vestido largo.

La escena es evidentemente religiosa, como así parece que lo exige la naturaleza del sitio. Es preciso, pues, explicarlo también valiéndose de la religión política de la Persia, por la de Zoroastro. Ya la examinaremos con más detenimiento en otro lugar; lo que aquí digamos ya se entenderá fácilmente.

La escena representa al rey como sectario de Zoroastro, como adorador de Ormuzd. La explicación de todos los personajes nos suministrará las pruebas.

El personaje que está delante del fuego es la imagen del rey, y no como quiere Porter, la de un sacerdote. Se conoce fácilmente por el arco que tiene en la mano y que, como símbolo de la bravura y de la habilidad en la guerra ó en la caza, era ordinariamente elegido por los reyes de Persia cuando querían ser representados. La inscripción que había, según Strabon, sobre el sepulcro, y de la cual afortunadamente tenemos una traducción, lo confirma: «Yo era el amigo de mis amigos, el mejor jinete y el mejor arquero; llevaba el premio entre los cazadores; podía lo que quería (2).»

Una notable circunstancia era el grueso que acostumbraban dar al arco. Se tenía como una

gran prueba de fuerza el que pudiera preparar este arco.

Estando Darío en guerra con los escitas, se dispararon mutuamente los arcos los dos monarcas en señal de desafío; pero reconocido por más fuerte el arco del rey escita, tuvo que retirarse Darío (1). También se designa al rey con las figuras accesorias:

Véanse por una parte tres guardias de honor en traje meda; por otra, tres cortesanos en actitud de personajes (2), que como después veremos, tenían que acompañar al finado y permanecer cerca de su sepulcro. Si el monarca no aparecía adornado con la tiara, indicaba que ya no era rey. Está en pie, con su mano derecha levantada en la actitud de un hombre que suplica.

Sobre el altar arde el fuego sagrado, objeto principal de adoración de la antigua religión persa: es el símbolo del fuego primitivo, ó de la facultad creatriz de la divinidad, de donde procede Ormuzd, autor de todo bien (3). Este fuego juega un papel muy importante con relación al rey. Como imagen viva de Ormuzd, el rey es primer servidor del fuego sagrado, y está con él como inseparable; llevaban este fuego á su presencia cuando se presentaba en público; estaba obligado á rendirle homenaje todos los días, y le extinguían á su muerte (4). Vemos, pues, al rey en esta actitud, en que los magos le contemplaban diariamente, y en la que debían estimarle más por verle representado como sectario de su culto.

El globo que se descubre por encima del fuego es la imagen del sol, segunda divinidad nacional de los persas. El resplandor, la luz y el sol, son para ellos las ideas principales de su religión, porque simbolizan también la sabiduría, la bondad y la perfección. Adoraron siempre al sol con el rostro vuelto hacia él, especialmente á su salida. Al rey se le ve en esta misma actitud; y en la escultura, el sol está también al Oriente del rey. Estas son las dos principales divinidades de los persas, á las que ofrecían sacrificios los reyes en Pasargada, sobre las montañas vecinas, en conformidad con los preceptos de los magos.

La media figura alada que se destaca por cima del rey, y que parece ser como una repetición exacta de su propia figura, es la más difícil de explicar. No debemos por esto creer que sea la imagen de la muerte, porque ya hemos visto que la misma figura le acompaña en

- (1) Ctesias, *Pers.*, cap. XVII.
- (2) Porter, pl. 17.
- (3) Zendavesta von Kleuker, t. I, pág. 50, etc.
- (4) Véanse las pruebas en Brissson, I, c., pág. 151.



señal de su existencia; es de tanto mayor interés para el observador, cuanto que prueba que la escena se funda en las doctrinas y religión de Zoroastro. La imagen es, por hablar con el Zendavesta, el espíritu del rey ó del mismo Ormuzd.

Siguiendo la doctrina de Zoroastro, todo hombre, todo ser animado tiene su tipo, emanación la más pura del pensamiento de Ormuzd, que creó todos los seres, conformes á los diferentes tipos. Llámasele el *Ferber* (1). Como tipo, figúrase uno su forma completamente análoga á la copia; pero más pura, más sublime é imperecedera.

Sin embargo, como los seres difieren por su naturaleza más ó menos perfecta, lo mismo sucede con sus tipos. Los *ferbers* de Zoroastro, de Bahman y otros, son los primeros de todos; lo mismo sucede con los *Ferbers* de los reyes: todos reunidos componen el pueblo puro de Ormuzd; y al ver el soberano continuamente acompañado del *Ferber*, tenemos ya el símbolo de la idea principal, cual es el adorador y el favorito de Ormuzd, en una palabra, que es buen rey.

La primera opinión de que es el *Ferber* del monarca, está confirmada al primer golpe de vista por la analogía de la figura. Las insignias, que depositadas por el rey difunto, no podían ya pertenecer á su *Ferber* (genio) hablan en favor de la otra opinión, que le reconoce por el *Ferber* de Ormuzd (2). Estas insignias son la tiara y el anillo; este es el símbolo de la soberanía del mundo, y no de la eternidad, como se había creído erróneamente; el cinturón en forma de anillo es el *costé*, ó cinturón de los sacerdotes. El mismo Ormuzd tenía también su espíritu (3); así consta de un documento del Zendavesta, en el que Ormuzd obliga á Zoroastro á que le adore.

La escena principal, que hemos ya explicado, los ornamentos y todos sus accesorios, no ofrecerán ya dificultad. Por dos lados del frontis se ven las partes anteriores del animal fabuloso, el unicornio, considerado ordinariamente como ornamento. El piso sobre que descansan el rey y el altar está sostenido por dos filas

(1) Zendavesta, t. I, pág. 14, etc.

(2) Esta última opinión es la de Grotefend, *Amalthea*, t. II, pág. 78, donde la explicación del anillo como símbolo de la soberanía del mundo, está suficientemente probada. Que se adopte una ú otra opinión, la idea principal es siempre la representación del rey como adorador de Ormuzd.

(3) Vendidat, *Question 19*, Zendavesta von Kleuker, t. II, pág. 377.

de hombres colocados uno sobre otro como caniatidas. No calificamos nosotros estas figuras como simples ornamentos, sino que más bien vemos en ellas alguna alusión á la idea de la dominación, según ya antes lo hemos dejado consignado. En la parte inferior, sobre el entarimado que parece llevar el segundo piso, hay una porción de perros esculpidos, lo que sirve para confirmarnos el culto de Zoroastro, porque según los preceptos de los magos, el perro es un animal sagrado, cuyo cuidado y guarda está muy expresamente recomendado en los libros del Zenda (1).

El primer piso, que debe representar la entrada, no es notable más que bajo el punto de vista de su arquitectura. Las columnas de cada una de sus fachadas llevan la doble cabeza del unicornio, y sobre las dos fachadas, así como también sobre el piso superior, hay esculpidos varios hombres armados con picas, de dos en dos, y pertenecen á la guardia real.

En el espacio que media entre las dos cabezas del unicornio existen pedazos de mármol sobre que descansa el cornisamento superior, prueba inequívoca de que las columnas que allí hay, con sus chapiteles y los adornos de cabezas de unicornio, estaban destinadas á soportar los cornisamentos.

La explicación de este sepulcro es como la clave para explicar todas las demás. Las representaciones de los de Tehil-Minor y de Nakchi-Rustam, son en el fondo idénticas. Por todas partes se ven las cuatro figuras; las sepulturas de Nakchi-Rustam solamente, por lo que uno puede juzgar y fallar de los imperfectos dibujos de Chardin, parece que tienen menos ornamentos, diferencia que no existe en el monumento que Porter ha visitado y copiado. Sobre uno de los sepulcros hay una gran inscripción cuneiforme, que si se copia y explica, nos dará positivas enseñanzas del destino de este monumento. A este examen tiende otra discusión, que puede por sí esclarecer este punto.

¿Qué objeto tenían aquellos magníficos sepulcros? ¿Por qué los tenían dispuestos de una manera tan extraña, y qué relación guardaban con el palacio que allí inmediato estaba? Los honores hechos á los muertos dependen, según ellos, de la idea que tienen del estado que sigue á la muerte. Según la doctrina de Zoroastro, habrá una resurrección universal que

(1) El perro es el animal de Ormuzd; el lobo, su enemigo natural, es el animal de Ariman, ó del príncipe de las tinieblas. El primero es, pues, la imagen de la vigilancia y de la lucha contra Ariman. Zendavesta, Suppl. II, III, 44.